

El nacionalismo y un nuevo milenio

JAVIER LÓPEZ BRUSSI

El nacionalismo, uno de los sentimientos políticos más fuertes desde la Revolución francesa,¹ ha resurgido con fuerza en los últimos años del siglo XX, con planteamientos y reivindicaciones difíciles de conciliar con las grandes tendencias del momento, encabezadas por la globalización y el internacionalismo. El concepto de Estado nacional heterogéneo está hoy sometido a presión.

Los ejemplos no faltan: desde la complejidad y los problemas encontrados en el proceso de integración europea (donde también existe una "Europa de las regiones") al surgimiento de nuevos Estados, como Eritrea,² en África, continente que durante tanto tiempo ha mantenido el dogma de la intangibilidad de sus fronteras;³ desde las tensiones en Québec hasta la catástrofe humanitaria vinculada a la división de Yugoslavia. Isaiah Berlín definía el nacionalismo como la ideología que intenta agrupar a una población determinada en torno al sentimiento de pertenencia a una comunidad, con rasgos de identificación propios: historia, lengua, costumbres. Se trata pues de una ideología de defensa de dichos rasgos frente a una amenaza, real o ficticia.

Sin embargo, en los últimos tiempos el nacionalismo ha dado lugar a diversas patologías, conformando una suerte de cara oscura del mismo. Así, y aunque en líneas generales responden al viejo esquema de nacionalismo integrador-desintegrador, se pueden englobar en tres grandes grupos:

1) Nacionalismo occidental:⁴ antepone la expansión económica a la territorial con manifestaciones como la defensa de las economías nacionales y el rechazo al extranjero, tratando de proteger los puestos de trabajo nacionales. Esta reacción ha estado muy vinculada a momentos coyunturales como los siguientes: inmigración de los países de Europa del este, después de la caída del muro de Berlín, y del norte de África a la Unión Europea; el progresivo desarrollo de esta última, en episodios como la creación de una Unión Económica y Monetaria, y la cesión de símbolos de soberanía como las monedas en aras del interés general; la llamada crisis del Estado de bienestar, muy unida al proceso anteriormente citado, que supone la sujeción a unos condicionantes macroeconómicos concretos.

2) Nacionalismo en Europa oriental: responde, en gran medida, al modelo clásico de nacionalismo: reivindicaciones territoriales, exaltación de la conciencia nacional, irredentismo. En este sentido, Agnes Heller y Alain Minc han hablado de una vuelta a un estado anterior de evolución política. Un punto que destacar en este contexto territorial es el hecho de que las fronteras son muy jóvenes, ya que 55% tiene menos de un siglo. La muestra más patente ha sido el desmembramiento de países como la Unión Soviética, Yugoslavia o Checoslovaquia.⁵

3) Nacionalismo en países en desarrollo: postula la creación de una conciencia nacional a partir de la realidad estatal, estando sometida a las tensiones del tribalismo. Entre los

ejemplos destaca el conflicto entre tutsis y hutus en Ruanda y Burundi, las tensiones religiosas en Sudán y la India, la lucha entre clanes en Sierra Leona o los problemas de raíz étnica en Nigeria y China. En África, la teórica intangibilidad de las fronteras, una de las bases del panafricanismo, sigue chocando con la realidad de la división y el desmembramiento étnico-sociocultural.

Si a estas tres manifestaciones de nacionalismo, añadimos la idea de miedo (a lo diferente, a lo nuevo, al cambio, al pluralismo, al mestizaje, a la diversidad),+6 que subyace en sus vertientes más extremas, chocamos frontalmente con riesgos y problemas. Así, Alain Touraine piensa que el nacionalismo representa un peligro para la democracia porque significa homogeneización.⁷

Pero ¿por qué resurge el nacionalismo en esta encrucijada histórica concreta? Indudablemente, el sentimiento de pertenencia a una comunidad es uno de los más arraigados en la conciencia política del hombre. Desde los comienzos de la civilización, este sentimiento se fue moderando por la progresiva introducción de cada vez mayores dosis de racionalidad en la definición de los objetivos políticos. En ese devenir histórico, Ralf Dahrendorfs⁸ considera que el Estado nacional heterogéneo fue la mayor conquista de la civilización política, pues en él prevalecieron eficazmente los derechos del ciudadano, como derechos fundamentales iguales para personas de distintas adscripciones, entre ellos el derecho al desarrollo de las singularidades culturales, religiosas y étnicas. Al valor liberal del Estado nacional heterogéneo se añadió otro motivo para permanecer unidos: el temor al efecto dominó de las discusiones fronterizas y a los cambios de statu quo. Ya en el siglo XX, las décadas que siguieron a la segunda guerra mundial vieron difuminarse las tensiones nacionalistas por motivos como los siguientes:

- El temor al holocausto nuclear, que inspiró el alineamiento con las dos grandes superpotencias y unos mecanismos de cooperación a través de los cuales superar ese temor. Dado el restringido acceso a la tecnología nuclear, la salida era la cooperación internacional.
- La lógica del capitalismo, que tiende a la internacionalización de los negocios, creando vínculos entre las distintas economías nacionales.
- El internacionalismo implícito en la ideología socialista.
- El proceso de integración en Europa Occidental.

Aunque persistieron manifestaciones de nacionalismo (nacionalismo nuclear francés o indio; nacionalismo en el proceso de integración europeo, con la política de De Gaulle; nacionalismo capitalista en el seno del antiguo GATT; nacionalismo dentro del comunismo en la Rumania de Ceaucescu o en la China de Mao), la comunidad internacional fue creando un armazón ideológico-político basado en el respeto y en la garantía de los derechos humanos, contra los que el nacionalismo atenta con su tendencia a la exclusión. Además, la moderna economía mundial mina constantemente la homogeneidad étnico-lingüística porque da origen a grandes movimientos de población. Por ello, la multiétnica y el plurilingüismo son inevitables, salvo en supuestos de exclusión en masa, asimilación forzosa, expulsión masiva o genocidio.

Eric Hobsbawm⁹ opina que el colapso del sistema comunista empezó a abrir la puerta a versiones negativistas del nacionalismo. Al proceso de desintegración, le siguieron la inseguridad¹⁰ y la desorientación, la imposibilidad de asumir el pluralismo, con lo que la pertenencia a un sustrato lingüístico-cultural común se convierte en la única certeza y el único valor más allá de la duda, apareciendo la nación como garantía última.¹¹ En este marco, junto a criterios objetivos de identificación nacional (lengua, raza, religión, historia común...), autores como Ernest Renan o Karl Renner han destacado otros de naturaleza subjetiva, con el riesgo de conducir a un voluntarismo extremo y con la unidimensionalidad que pueden llevar aparejados.

Xavier Rubert de Ventós¹² explica la actual proliferación de nacionalismos y fundamentalismos por un retorno de lo reprimido por un Estado, que pretendió fundar la soberanía sobre la amnesia de sus súbditos y colonias. Según Rubert, existe un sentido de identidad o de pertenencia, aplastado por la concepción ilustrada del Estado, que exige al ser humano, para convertirse en ciudadano, la renuncia a todos sus lazos identitarios anteriores: comunidad de sangre, linaje, etnia, tradiciones y cultos religiosos, etcétera. Con ello, el nacionalismo, como "compromiso entre democracia y tribalismo (Arnold Toynbee)", hace prevalecer su fuerza separadora frente a la unificadora. Gabriel Jackson considera que el nacionalismo puede anularse a sí mismo, cuando insiste en sus demandas por encima de consideraciones más amplias, referentes a la racionalidad económica o a la tolerancia cultural y religiosa.

El reconocimiento de diferencias y peculiaridades nacionales, dentro de los Estados, no debe usarse como factor para exigir una existencia política separada. Luis Racionero piensa que el nacionalismo tiene dos caras: una fuerza unificadora y una fuerza separadora.¹³ Rubert defiende la recuperación del nacionalismo como elemento humanizador de la abstracción y la desmesura estatales, resguardo de la diversidad y la memoria colectiva, evitando con ello los efectos destructivos de la resaca nacionalista y potenciando sus posibilidades antitotalitarias.

Con todo ello, este final de siglo está siendo testigo del surgimiento de problemas y tensiones que parecían superados:

- Estabilidad de las fronteras: principio rector de la convivencia internacional y amenazada ahora por reivindicaciones territoriales y de las minorías, que han alterado el clima de convivencia a escala mundial y que incluso han generado confrontación y guerra en el presente. A ello hay que añadir la problemática de los pueblos sin Estado, como los kurdos o los cachemiras, que buscan el reconocimiento como nación, a la par que la creación de un Estado propio, siguiendo el ejemplo palestino, nunca exento de obstáculos.
- Homogeneización de la población: en sus manifestaciones excluyentes, se extiende al ámbito cultural (supresión de rasgos de identidad de las minorías, lengua y costumbres principalmente), religioso (con expresiones violentas de la convivencia entre las distintas religiones) y étnico (en la búsqueda de la pureza de sangre y genes). Es difícil que existan Estados realmente homogéneos.¹⁴
- Xenofobia y racismo: como consecuencia de la homogeneización forzada, se extiende un rechazo hacia lo extranjero, chivo expiatorio de fracasos socioeconómicos.

Edgard Pisani considera al racismo una coartada cómoda. El paso de la indefinición de la población foránea a su localización en el seno de una minoría nos puede colocar a las puertas del racismo.

- Retorno a la existencia tribal: las personas no pueden o no quieren soportar la vida en comunidades heterogéneas. En palabras de Karl Popper: "cuanto más se intenta volver a la época heroica de la comunidad tribal, más se cae en la inquisición, la policía secreta y el gangsterismo romántico".
- Inviabilidad y dependencia de otros Estados.

Frente a estos problemas, estrechamente relacionados unos con otros, existen soluciones que se extienden a ámbitos distintos:

- Cooperación transfronteriza e internacional, evitando el surgimiento de tensiones territoriales, mediante la creación de instrumentos regionales de cooperación a distintos niveles, así como mecanismos de solución pacífica de los conflictos.
- Diplomacia de la democracia: término manejado por Butros Ghali, con el objetivo de impulsar la asimilación de los principios democráticos como medio de favorecer un verdadero respeto de los derechos humanos.
- Redefinición del concepto de autodeterminación, otorgando autonomía y respetando las particularidades nacionales en el seno de los Estados y luchando a la vez contra la implosión de otros nuevos. Frente a la opinión de Giuseppe Mazzini de que cada nación debería constituir un Estado, no es baladí recordar que, con la excepción de algunos miniestados, no hay más de una docena de Estados étnica y lingüísticamente homogéneos en el mundo, con el consiguiente riesgo que implica la creación de Estados uninacionales.

En los momentos actuales, cuando ciertas teorías unidimensionales, enemigas de la convivencia, pretenden fundamentar sus intereses en el miedo a lo que nos distingue, es más que nunca necesario defender con ahínco el respeto a las diferencias y la conveniencia de la heterogeneidad. Así podremos evitar la utilización perversa de lo que en ningún caso son verdaderas convicciones nacionalistas.

"Si yo supiese que una cosa me fuese útil pero pudiese perjudicar a mi familia, la arrojaría de mi espíritu. Si yo supiese que una cosa fuese útil a mi familia pero no a mi patria, trataría de olvidarla. Si yo supiese que una cosa fuese útil a mi patria pero pudiese perjudicar a Europa, o que fuese útil a Europa pero pudiese perjudicar al género humano, la miraría como un crimen (Montesquieu)." ¹⁵

Notas

1 Ya desde comienzos del siglo XIX, la dominación napoleónica en la Europa continental desarrolló los sentimientos nacionalistas, favorecidos por la ocupación francesa y por la concentración de territorios anteriormente fragmentados. Además, el concepto ilustrado

de libertad hizo surgir en los países de Europa occidental la conciencia de nacionalidad (Discursos a la nación alemana, de Fichte), entendiendo la nación como una triple comunidad: política, de cultura y de destino. Así, como consecuencia de la Revolución francesa, el nacionalismo se convirtió en una de las fuerzas más poderosas del siglo XIX

2 En 1993 EUA, Italia, Etiopía y Egipto fueron los primeros países que reconocieron la independencia de Eritrea (27 de mayo). La Asamblea General de la ONU aceptó a Eritrea como miembro un día después.

3 Tratándose de Estados surgidos de procesos de descolonización, ha sido común la adopción del principio uti possidetis, que tiene en cuenta los límites de las divisiones administrativas internas establecidas por la potencia colonial. En el caso africano, ya en la primera sesión ordinaria de la Asamblea de Jefes de Estado y de Gobierno de la Organización de la Unidad Africana, en 1963, se adoptó una declaración conforme a la cual "todos los Estados se comprometen a respetar los límites existentes en el momento de la consecución de la independencia nacional (resolución 16/1)". Posteriormente, el Tribunal Internacional de Justicia, en la sentencia del 22 de diciembre de 1986, correspondiente al caso de la controversia fronteriza entre Burkina Fasso y la República de Malí, recogió igualmente el principio.

4 Keating, Michael, Naciones contra el Estado. El nacionalismo de Cataluiia, Quebec y Escocia, Ariel, Barcelona, 1996.

5 Moreno, Luis, Escocia, nación y razón, clic, Madrid, 1995.

6 La Unión Soviética se desintegró en diciembre de 1991 para dar lugar a Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Kazajstán, Estonia, Letonia, Lituania, Uzbekistán, Tayikistán, Kirguizistán, Turkmenistán, Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Ese mismo año, la antigua entidad federativa de Yugoslavia dio lugar a Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia y Montenegro, y Macedonia. El 1 de enero de 1993 Checoslovaquia se dividió en dos Estados: Eslovaquia y la República Checa.

7 Touraine, Alain, Abc, Madrid, 14 de noviembre de 1994.

8 Dahrendorf, Ralf, El País, Madrid, 10 de octubre de 1991.

9 Hobsbawn, Eric, Nations and Nationalism since 1780, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

10 "La seguridad que proporciona la conciencia de pertenecer a un grupo homogéneo, el odio o temor a lo que es distinto, laten en el núcleo oscuro y oculto de los fervores nacionalistas (Vidal-Quadras, Aleix, Cuestión de fondo, Montesinos, Barcelona, 1993)."

11 "Cuando la sociedad fracasa, la nación aparece como la garantía última (Miroslav Hroch, Social Preconditions of the National Revival in Europe, Cambridge University Press, Cambridge, 1985)."

12 Rubert de Ventós, Xavier, *Nacionalismos. El laberinto de la identidad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1994.

13 Racionero, Luis, *Abc*, Madrid, 27 de septiembre de 1996.

14 Cuando Lech Walesa alababa la homogeneidad de Polonia como una virtud, el liberal radical Adam Michnick le replicó: "No olvide que en nuestro país viven ucranianos y alemanes y, sobre todo, no judíos sino antisemitas."

15 Kristeva, Julia: esta frase indica con claridad una serie de conjuntos que, yendo del individuo a la familia y del país a Europa y al mundo, respeta lo particular si y sólo si se integra en otro particular que es de magnitud superior, pero que garantiza la existencia del particular precedente al mismo tiempo que lo eleva por relación a nuevas diferencias que, sin esta lógica, ese particular tendería a censurar.

El autor es especialista en política internacional y colabora con varios organismos internacionales relacionados con el comercio internacional.